

Caacupé — 28 de noviembre 2020

Así como en las últimas semanas, nuestro evangelio del día, de este primer domingo de Adviento, habla de espera, de estar despiertos, en alerta, vigilando. Es un tema de doble filo que podría ser una suerte de amedrentamiento, tipo ¡cháke ou pa'i, patrón, jefe, kuku, policía, ...!

Confesemos que tenemos en nosotros este lado miedoso, infantil, que teme la ley y las autoridades. Estamos en una cultura autoritaria y es muy fácil asimilar a Dios con esta instancia suprema que nos vigila, que nos puede atrapar "in fraganti" de pereza, de inconsistencia, de pecado... Lastimosamente, a muchos niños y niñas se les educa así, en el miedo a una autoridad absoluta, temperamental, caprichosa... Lastimosamente, para muchos, así se concibe la educación y la vida cívica: hay que castigar, fuerte, para que tengan miedo a <sup>al castigo</sup> las consecuencias. Tenemos que reconocer que esto no nos está sirviendo: en la educación los castigos sólo fabrican más repliegue y doblez, hipocresía, y en cuanto a justicia, está demostrado que la fuerza de las penas no incide sobre la disminución de la delincuencia. Otro ejemplo: después de un susto intenso pero corto, ya no da miedo el coronavirus ni las "amenazas" de las autoridades científicas o civiles. Algunos siguen queriendo infundir este miedo para que la gente "respete"... pero justamente, el miedo no genera respeto, genera más desconfianza. Al final, no podemos vivir, no podemos *esperar* de esta manera. Entonces ¿cómo? Quiero sugerir algunas actitudes:

1. Ya que hoy estamos con los jóvenes, **esperemos como jóvenes** que fundamentalmente tienen o quieren tener confianza en el futuro. Para ellos todo es posible. Esperan un cambio, que sea profundo, que sea radical. Esperan poder crecer. Esperan el amor. Esperan poder desplegarse plenamente. La actitud fundamental del Adviento es "esperar que algo maravilloso suceda". Estemos en la vida con esta frescura. Esperemos con resolución, con confianza, a pesar de las malas experiencias que ya tenemos, a pesar de las circunstancias a veces traumáticas que hayamos vivido. Los jóvenes están muy afectados por la crisis actual porque sus planes de vida están muy afectados (trabajo, estudio, familia,...). Hay mucha ansiedad, incertidumbre, hasta profundas crisis personales y familiares. Ante esto la Palabra nos invita a volver a creer, a esperar, a dejarnos tocar. Esto vale en la vida espiritual, en las relaciones, en el compromiso social. "Algo maravilloso puede suceder." El Papa Francisco, especialmente cuando habla a los jóvenes les dice: que no te roben tus sueños, seguí soñando... Estemos en apertura a la vida. De lo contrario ya morimos porque nos encerramos, ñañembotypaite.

2. **Esperemos disponibles a la sorpresa.** Lo que viene realmente, así como lo anuncia Jesús hoy, no es algo de lo mismo, y puede ser, no sea algo de nuestro gusto. El Señor viene en el pobre, el excluido, el herido, ... no viene con toda la pompa y el brillo, anunciado por campañas de marketing. Saber esperar es también estar abiertos a la novedad, al cambio, a extender nuestras fronteras. Nadie puede quedar fuera de nuestro campo de apertura. En cada encuentro, en cada acontecimiento, el Señor se revela a nosotros. Estamos en un mundo diverso y plural. Replegarnos en una actitud defensiva no nos ayuda a mirar más allá de lo inmediato y discernir al Señor que viene a nuestro encuentro, porque estamos más centrados sobre lo que vamos a "perder" que sobre lo que la esperanza y la apertura universal nos hace "ganar. Aquí, hay muchos ámbitos de la vida social y eclesial en los que podemos pensar.

3. **Esperemos juntos.** La misión de la Iglesia es esta espera y también compartir esta actitud con otros. Ayudemos a otros a esperar. De alguna manera lo hemos hecho en la pandemia: alimentar la esperanza de muchos golpeados por la crisis. Intentamos testimoniar que la crisis no es el fin de todo. Que nuestra sociedad no está totalmente podrida. Que hay algo más allá de estos problemas y crisis. Nunca perdemos la vista hacia el Reino de Dios, y queremos contagiar esta visión. En medio de las luchas humanas testimoniamos de un horizonte de liberación y de plenitud.

Al final, le esperamos al Amigo, al Amado, al Maestro, a quien tiene el poder de transformar, liberar nuestras vidas. Vendrá como no lo imaginamos. Para él debemos despertar, estar en alerta, para conocerle, para alegrarnos en su presencia, aunque el encuentro no sea fácil. Él es el Rey que celebramos la semana pasada, el Rey que vive en una casa precaria, el Migrante, el Desempleado, el Pobre, el Sin Techo, Sin Tierra, Sin Trabajo, el Enfermo, el Privado de libertad, el de otro mundo cultural o ideológico, el Nativo, el Diferente... Hay que recibirle, hay que visitarle hoy para que cuando venga no nos asuste tanto. Esto es despertar y vigilar. Él no será como nosotros pensamos. Será diferente, y encontrarle nos va a mover todo.

Que María, la Madre de este amigo que esperamos, ella que siempre se dejó sorprender, nos enseñe esas actitudes de fe y de esperanza en el amor...

TT  
Monseñor Pedro Juvenille